

¡Media vuelta y al cuartel!

Lagasca es un Veterano de la Revolución. Así lo asegura él, y yo no tengo empeño alguno en negárselo. ¿A qué poner en tela de juicio que Lagasca es ya viejo y alcanzó, de consiguiente, los últimos años del siglo pasado? ¿Para qué privar a Lagasca de la satisfacción de haber llevado fusil y cartuchera durante las gloriosas jornadas de nuestra proyectada Emancipación, cuando por salir de Málaga, dimos en Dewey?

Es más. Queremos figurarnos haber sido Lagasca una fiera, una fiera en los campos de batalla, una fiera capaz de comerse media docena de españoles en pepitoria. Y aun cuando no sabemos que hubiese tenido la fortuna de recibir un balazo, cabiéndole así la gloria de regar nuestros zacatales con su sangre, pudo muy bien haber sido una fiera, una fiera en los campos de batalla, una fiera capaz de devorar seis americanos, porque no todos cuantos van a la guerra vuelven con costuras en la piel.

Lagasca es, pues, un Veterano de la Revolución y hacémosle la merced de imaginármolo fiero como un Zapirón a quien, en el precioso momento de estar haciendo la siesta a la sombra protectora de la Maritornes culinaria, pisaran desconsideradamente el apéndice caudal. De donde, nos cuadráramos militarmente ante Lagasca, Veterano de la Revolución, para darle el saludo de ordenanza, en prenda del agradecimiento que, por haber luchado en defensa de su pueblo, brota de nuestro corazón. Filipino, como el que más, Sr. Lagasca.

Pero, sigamos filosofando. Lagasca es viejo, o, por lo menos, está bastante distanciado de la juventud. Lagasca debió de haber aprendido las primeras letras en tiempo de la "Ominosa", y como dicen que en aquella "lúgubre" época nada se enseñaba, se nos antoja (es una deducción tan lógica como la del heroísmo de Lagasca) que no serán muy frondosos los conocimientos científicos y literarios de este Veterano de la Revolución. Pudo haber sido una fiera, como arriba dejamos sentado por galantería, pero el ambiente no le fué favorable para hacerse doctor. No es culpa de Lagasca que sus padres le echaran al mundo en los días del "oscurantismo español."

Lagasca es, por ende, hijo preclaro del cuartel, mas no toca ningún pito en el paraninfo de la Universidad. Podrá manejar con destreza el sable y la escopeta, pero difícilmente acertaría a orientarse en la estantería de una biblioteca. Debió de ser una fiera en el campo del honor, mas nos resistimos a declarar qué figura haría en los cotos de la ciencia, la cual se dió a conocer entre nosotros con los albores de la nueva dominación (!!!). No a todos los soldados les es dado llegar a ser un Cervantes o un Ercilla. ¡Qué caray!

Prosigamos con nuestras filosofías. Si Lagasca, Veterano de la Revolución, anda algo alcanzando en letras, y desconocerá, seguramente, de cabo a rabo el Catecismo de la Doctrina Cristiana, síntesis del dogma Católico, y jamás habrá penetrado por un tratado de teología, indispensable para hacerse cargo de las

legítimas creencias del Catolicismo, y sólo sabe de nuestra religión aquello que le han repetido hasta la saciedad ciertas publicaciones, donde la mentira y la calumnia constituyen el fondo de inspiración, calculen los lectores el ridículo en que incurre Lagasca al dejar el fusil por la pluma y cambiar con la toga el uniforme de militar.

Despacio está el ex-cura Aglipay si espera conquistar prosélitos con apóstoles de esa laya. Buen camino lleva de medrar el aborto doctrinal del apóstata ilocano, si quienes le dan el biberón entienden tanto de amamantar. Así se comprende cómo en ese cisma teatral alcanzen a ejercer el oficio del "pastoreo" muchos que, a falta de letras, cultivaron acertadamente un zacatal. Y después de ver a tantos Lagascas disertando sobre el delicado tema de la religión y a aurigas estropajosos vestidos de loba, se nos alcanza que hayan calificado a Filipinas como "el país de los viceversas."

Y vean nuestros leyentes algunos buñuelos de Lagasca, Veterano de la Revolución. Llama al ex-cura Aglipay "fundador de la Iglesia Filipina Independiente." No tenemos objeción alguna contra ese mote, pero oiga lo que dice Thiers, Adolfo Thiers, el cual, como sabría Lagasca si hubiese estudiado, nada tuvo de clerical: "Dans les temps modernes, le CREATEUR d'une religion serait tenu pour un IMPOSTEUR." (Histoire du Consulat.) Y como para Lagasca fuera demasiado saber, saber francés, vamos a vertérselo a la lengua de Castilla: "En los tiempos modernos, el FUNDADOR de una religión sería tenido por IMPOSTOR" Y si le parece duro al Veterano, váyase con el cuento a Thiers.

Uno más. Hablando de Santo Domingo de Guzmán y Pedro Arbués, se expresa con este delicado eufemismo: "Son venerados en los altares por una turba multa de "abúlico" sin fósforo". Tampoco nos molesta este cálculo biliar, porque nunca hicimos grande estima de las opiniones de un soldado, mas escuche lo que dice el mismo Thiers en la citada obra: "La vieille religion du Christ, commentée depuis dix-huit siècles par les conciles vastes assemblées des esprits éminents de chaque époque, arrivait à produire ce corps de doctrine invariable, souvent attaqué, toujours triomphant, qu'on appelle *Unité Catholique*, et au pied duquel sont venus se soumettre les plus beaux génies."

Y para que Lagasca nos entienda, se lo diremos en español: "La antigua religión del Cristo, comentada durante dieciocho siglos por los concilios, vastas reuniones de talentos sobresalientes de cada época, llegaba a producir ese cuerpo de doctrina INVARIABLE, frecuentemente atacado y siempre triunfante, que se llama *Unidad Católica*, a cuyas plantas se postraron los más brillantes genios." Y observe de paso el Veterano cuánto va de un grafomano a un escritor de talento, como lo fué el más genial de los historiadores de Napoleón.

Juzguen ahora los benévolos lectores cuál de los dos pareceres aconseja seguir la razón: el de Lagasca, Veterano de la Revolución, a

quien, por mera galantería, hemos reconocido un valor cuyas manifestaciones nos son de todo en todo desconocidas, y, en perfecta justicia, negamos el derecho de meter baza en los torneos académicos, muy especialmente si se ventilan cuestiones de religión; o el de Luis Adolfo Thiers, estadista, historiógrafo y Primer Presidente de la Tercera República Francesa, a quien nadie podría tildar de partidario del Catolicismo, yá que tan abiertamente lo combatió durante gran parte de su carrera política y sólo la experiencia y los desengaños le llevaron a juzgar de la Iglesia con más exactitud y verdad.

Advierta Lagasca ser necesario estudiar mucho para escribir un poco. No basta vanagloriarse de haber sido miembro activo de nuestra Revolución, para estar autorizado a empuñar la pluma a guisa de bolo y recorrer el campo de la Ciencia, podando a capricho su exuberante arbolado, porque aun cuando no siempre tropezará con algún Quijote que se crea en el deber de meterle en cintura, quedará a lo menos en berlina a juicio de todo sesudo lector.

La Patria no exige a todos sus hijos el mismo linaje de servicio, que no todos llevan armas aun en tiempo de guerra, y mientras los de las avanzadas están condenados a tiroteo nunca interrumpido, otros quedan a retaguardia para sazonar la manjorrada, y al fin de cuentas tanto se deberá el resultado de la cam-

paña al ranchero del regimiento como al tirador. Mas, una de las graves calamidades de los pueblos suele provenir de que el mandria quiere por ventura meterse a soldado, y éste sentar plaza de escritor, y el pendolista empuñar las riendas del gobierno, con lo cual anda todo manga por hombro, se malgastan provechosas energías y sufren recia merma los intereses de la Nación.

Todo ello se lo decimos a Lagasca, porque acaso creyó no bastarle con el glorioso título de Veterano de la Revolución, y quiso alzarse a mayores tomando por propia iniciativa, voz en el capitulo de los plumistas, los cuales, cuando escriben como Dios manda (y son lección quienes se salen de filas), sirven a la Patria llevando la luz a las inteligencias obscuras o extraviadas, y cuando borrajean a inspiración del diablo (y las más veces es así) constituyen la más estragada plaga nacional.

De donde se sigue que hará muy bien Lagasca, Veterano de la Revolución, en colgar la péñola de una espetera o convertirla en astillas para palillos de dientes, y estar en espera de la primera coyuntura donde pudiere demostrar sus arrestos bélicos ante los que no tuvimos la suerte de luchar, por falta de edad, en defensa de nuestra Libertad.

Señor Lagasca: ¡Cuádrese usted! ¡Media vuelta y al cuartel!

J. WELMAN.

EL BESO DE JUDAS



—¡Salve, Maestro!—¿Amigo, con un beso me entregas?